

EL PULSO DEL PLANETA

Okupa de su propio piso

Una vecina de Barcelona acaba alquilando su propia vivienda, vía Airbnb, porque su inquilino la ofrecía de manera ilegal a turistas



Montse y su hija Thais, ayer en su piso de 45 metros cuadrados de la Barceloneta

EFE

ANNA CABEZA
BARCELONA



Por surrealista que pueda parecer, Montse Pérez ha terminado reservando por internet una noche de alojamiento en su propio piso para poder entrar en él y recuperarlo. Un mes después de que alquilara su pequeño piso en el corazón de la Barceloneta, uno de los barrios más turísticos de Barcelona, a tan solo unos pasos del mar, esta mujer descubrió que su inquilino, lejos de instalarse en la zona, se lucraba ofreciendo de manera ilegal su vivienda como piso turístico a 200 euros la noche en el portal Airbnb.

El contrato de alquiler era de 950 euros al mes e incluía claramente cláusulas en las que se prohibía realquilar o dar un uso turístico al pequeño inmueble, uno de los clásicos «cuarto de piso» de la Barceloneta -por las sucesivas divisiones que se hacían en los pisos-. Era la primera vez que Mont-

se lo alquilaba: era la vivienda de sus abuelos, y para nada del mundo quería vender. «Le tengo mucho cariño: no quiero ni que me lo destrocen ni tampoco tenerlo cerrado por miedo a que me lo ocupen», explica a ABC. «Crucé los dedos y lo alquilé», añade.

Su arrendatario, un supuesto asesor financiero, le contó que le habían trasladado por trabajo de Londres a Barcelona y le mostró una nómina de 3.000 libras al mes. Poco después, el inquilino ya ni respondió a sus llamadas para hacer el cambio de nombre de los suministros. Al acudir para intentar hablar con él, corroboró que su domicilio se había convertido en un piso turístico. La semana pasada, como mínimo, se hospedaron seis personas diferentes, le aseguraron el resto de vecinos del inmueble.

Intentó en vano de contactar con su inquilino así como conseguir ayuda de Airbnb. «Mis amigos y abogados me decían que no me metiera en esto,

pero llega un punto en el que no puedes más. Es una situación de locos», explica. Para que no la descubrieran, su hija Thais fingió ser una turista y reservó en el piso. Anteayer, el primer día que encontraron disponibilidad, pudieron entrar de nuevo en la casa familiar. Y lo hicieron con la intención de no volver a salir de ella: cambiaron la cerradura y no hicieron el «check out». Airbnb, que intentó apartarse del problema diciendo que esta mala praxis es solo culpa del anfitrión, borró el anuncio del piso.

Paralelamente, Montse denunció ante el juez y también ante el Ayuntamiento el caso. Afirma desconocer las consecuencias legales a las que se expone habiendo hecho de okupa, aunque tiene muy claro que su inquilino tampoco ha cumplido el contrato. «Tengo una vida tranquila, no quería llegar a este punto, pero a veces si no te pones así las cosas no cambian», explicaba ayer esta «squatter» de su propia casa.

«Era la vivienda de mis abuelos, le tengo mucho cariño y la alquilé porque no quería venderla», dice

Verbolario

POR RODRIGO CORTÉS

Pasado, m. Futuro en retirada.

VISTO Y NO VISTO



IGNACIO
RUIZ-QUINTANO

ESPAÑA

Último brindis en Las Ventas, cerrada para ensayar con los taurinos el 155 que Guerra pide para los sediciosos de Cataluña

En la Corrida de la Cultura, con el Pirulí doblándose de calor como una vela de cera, Morante de la Puebla brindó un «cuvillo» en Las Ventas al tabú de la Transición, Antonio García-Trevijano:

«Al hombre más inteligente que he conocido. ¡Viva España! -dijo. Y lanzó la montera.

El «cuvillo» salió cultural y galbanoso y, al final de la «sinfaena», Trevijano devolvió a Morante la montera con un billete de mil pesetas dentro y este brindis:

«¡Por la tradición!»

En éstas, un alguacil refrescó al diestro que quien presidía la Corrida de la Cultura era el ministro del ramo, el señor De Vigo, quien debía de tener ya la cabeza, el hombre, en las propuestas de los Museos madrileños sobre la identidad sexual («¡el hecho diferencial!») para el D-Day del Orgullo Gay.

El alguacil creía indicado brindarle al ministro una fierecilla de El Grullo, la finca donde chozpan los «cuvillos», mas no hubo tal, con lo que el de Morante a Trevijano hubiera sido el último brindis de un bohemio (ay, José Alfredo Jiménez) en la plaza de Las Ventas del Espíritu Santo, que la Autoridad, un tal Garrido, iba a cerrar como para ensayar con los taurinos de Madrid el 155 que Alfonso Guerra pide para los sediciosos de Cataluña, que ahora consideran separarse, en vez de con un referéndum, con una acampada.

Quechuas por votos, y ahí quiere ver a los juristas del TC, que tampoco parecen muy schmittianos, como Mariano, quien por nada del mundo quiere ser el soberano, es decir, «quien decide el estado de excepción».

El marianismo huye del decisionismo de Schmitt por si algún lector de Manolo Rivas, el schmittólogo del Consenso, le dice fascista, y gobierna la situación catalana como los padres de Jardiel la conversación matrimonial: pasándole papelititos al mayordomo, que es el TC. Así, la imaginación de los sediciosos se extravía, y en vez de interiorizar que una nación sólo se rompe por guerra civil, juegan a romperla levantando quechuas en la Ciudadela.

España, tradición y modernidad.